

I

Allá por los años en que el rey rabió (las crónicas no conservan la fecha), la noble raza de los Ginestal parecía próxima a extinguirse.

Solo quedaba de aquella familia opulenta un segundón llamado don Álvaro, que, a fuerza de malgastar el tiempo y sus caudales, habíase quedado sin salud y sin blanca.

Frisaba apenas en los cuarenta años, y hacía más de doce que era dueño absoluto de las inmensas riquezas que al morir dejaran sus padres a un su hermano primogénito, y que este había acrecentado sobremanera. Sin embargo, día tras día, vio mermar insensiblemente un patrimonio que envidia causara a los señores más poderosos de la tierra, y solo quedábale al comenzar esta historia un palmo de tierra mal labrado y unas breñas inaccesibles, sobre las que se levantaba un derruido castillo que de morada le servía, y sirvió en otros tiempos de atalaya a los soldados de Castilla en la guerra contra los árabes.

Viejo y extenuado, gastada el alma y el cuerpo a causa de los vicios, sin criados que le sirviesen ni guerreros que cuidasen de las almenas de su fortaleza, famosa en otros tiempos; sin esposa que le consolase en sus infortunios, ni mano amiga que le ofreciese protección, había llegado a una situación verdaderamente lamentable, cuando mejor podía haber disfrutado de los placeres del mundo.

Y, ¡cosa extraña!, don Álvaro, que en báquicos festines había derrochado un capital fabuloso; él, que sembrado hubiera el oro a manos llenas, cuando ya no contaba en sus viejas arcas sino unos cuantos maravedises de plata, había llegado a ser el hombre más avaro de la tierra.

Sus ojos brillaban de un modo siniestro a la vista de la más ínfima moneda, y en su corazón, seco y endurecido como la roca, habíase despertado un sentimiento de avaricia tal, que no le dejaba sosegar un instante.

Al mismo tiempo, sus miembros debilitados con los excesos de la juventud le flaqueaban constantemente, y ni de pie ni sentado podía sostenerse: la pereza se había apoderado de su cuerpo, y recostado muellemente, veía perderse uno detrás de otro los días de su opulencia y de lo que él consideraba su felicidad.

II

Una tarde, sobreponiéndose a la ociosa costumbre, acordose de su biblioteca, sacó de ella unos pergaminos apenas inteligibles, y por vez primera, después de muchos meses, se dirigió a una de las plataformas de su castillo y se puso a leer. A cada palabra, los ojos se le cerraban y se veía imposibilitado de continuar; varias veces hizo intención de seguir leyendo y otras tantas sus ojos se negaron a satisfacer sus deseos: entonces brotó de ellos una lágrima ardiente que, quemando su curtido y tostado rostro, le hizo suspirar con amargura.

Avergonzado de sí propio, y temiendo que alguien hubiera podido sorprender aquella lágrima que le revelaba su debilidad, dirigió la vista en torno de sí y pudo presenciar uno de los magníficos y mejores espectáculos de la naturaleza.

El sol declinaba tras las altas montañas que rodeaban el valle, y sus nevadas crestas parecían una bandada de palomas: a la falda de ellas, alzábase majestuosamente una gigante mole de piedra que fue un tiempo el castillo señorial de los Ginestales; empezaban a romper el azul y transparente cielo mil estrellas cual puntas de diamantes, y un aura blanda y sutil mecía dulcemente las copas de los árboles; las flores, desgarrando el broche que oprimió su cáliz en las ardientes horas del día, perfumaban el ambiente con gratísimo aroma; y un arroyo de plata, serpeando entre ellas, retrataba en sus cristalinas ondas la negra silueta de aquel castillo, que parecía tener en aquellos momentos algo de fantástico y tenebroso.

Largo tiempo contempló don Álvaro aquel bello paisaje, jamás por él admirado, y tristes recuerdos debieron agolparse a su mente a la vista de cuadro tan encantador y completo.

Aquel cielo y aquellas flores; las cristalinas aguas del manso arroyuelo dulcemente murmurando, ¿no parecían recordarle los primeros años de su existencia, aquellos en que tras ilusiones y esperanzas se desliza como por encanto la vida, en los floridos días de la juventud?

Sin duda alguna, y sobrecogido de espanto, al medir la distancia que le separaba de aquellos días, ahogó un nuevo suspiro en lo interior de su pecho, y levantándose como herido del rayo, murmuró sollozando:

«¡Cuánto tiempo he malgastado!».

Dejó caer involuntariamente en tierra el pergamino, y como absorto en hondas meditaciones, permaneció largos instantes; pero al ir a recogerlo, observó un pedazo de papel de extraño color que entre sus hojas asomaba, y distraídamente llevó a él los ojos.

El papel, casi corroído por el tiempo, contenía estas frases apenas perceptibles:

A doscientos pasos del castillo, por el lado que mira al Norte, y casi en la orilla derecha del río, encontrarás una lápida que parece indicar una sepultura; bajo de ella, y no a mucha profundidad, hallarás un tesoro; él fue la base de mi fortuna: guárdenlo eternamente mis sucesores.

El primer Ginestal.

De un solo golpe de vista lo leyó don Álvaro, y sus rodillas se doblaron como movidas por un resorte: llevó las manos a sus sienes y pudo observar la fiebre que le devoraba; su corazón latía también apresuradamente, y sentía en lo interior de su pecho un fuego extraño.

El instinto de su avaricia se había despertado, y no pudo resistir el golpe; tendido en el mismo sitio, pasó la noche soñando en nuevas aventuras que aquel ignorado tesoro había de proporcionarle, y así le sorprendió la aurora, sin haber logrado un momento de tranquilidad y reposo.

III

Respecto de la emoción primera, y como si nuevos bríos hubiese cobrado ante la idea de volver a poseer la perdida fortuna, dirigióse precipitadamente al lugar indicado en aquel pergamino que tantas veces había besado con loca efusión durante la noche, y halló, en efecto, la lápida después de cortas investigaciones.

Ayudado de una fuerte palanca de hierro, levantó la piedra y dio comienzo a sus excavaciones, sintiéndose a cada instante más animado y con mayores fuerzas. Al cabo de seis horas, y cuando ya comenzaba a desesperar de la empresa, su azada produjo un sonido metálico que encontró un eco singular en su gastado corazón, y poco después sus ojos, cual si quisieran saltar de las órbitas, contemplaban con cierta estúpida admiración un labrado y hermoso cofrecillo de hierro.

IV

Largo rato permaneció en aquella actitud; gruesas gotas de sudor caían de su frente, pues no acostumbrado al trabajo, el esfuerzo que acababa de hacer había agotado sus fuerzas; era preciso, sin embargo, recoger aquel escondido tesoro que la suerte le preparaba, ocultándolo a los ojos profanos, e hizo intención de levantarlo, pero sus brazos se doblaron al peso del cofrecillo y cayó en tierra.

¡Cuán terribles debieron ser para el avaro aquellos momentos!

Cuando se consideraba poseedor de una inmensa fortuna y soñaba con los días de ventura que le aguardaban; cuando creía poder realizar los deseos de muchos años, su debilidad echaba por tierra todos sus cálculos, y como el hombre que abriga en su

corazón perversas intenciones desconfía de todo el mundo, temeroso de que le arrebataran su precioso descubrimiento, no se atrevía a demandar el auxilio de nadie.

Entonces, presa su mente de un arretrato indecible, se arrancaba el cabello lleno de ira, y rechinaba con furor sus dientes, cual si quisiera devorar con ellos aquel cofrecillo que era suyo y no podía robar a las entrañas de la tierra.

Pero la casualidad hizo lo que se negaban a hacer sus fuerzas; en medio de los movimientos ocasionados por las convulsiones de que era víctima, tropezó su cuerpo con la azada, y esta, que habíase enganchado en una de las esquinas del cofre, hizo saltar la tapa, ofreciendo su contenido a la ávida mirada de aquel desgraciado.

Arrastrose este hasta registrar el fondo, y solo halló en él un pedazo de papel en el cual, con gruesos caracteres, lleno de rabia y desesperación, pudo leer lo siguiente:

Ama el trabajo, él es la fuente de toda riqueza, él es el mejor tesoro del mundo.

No pudo leer más, y derramando gruesas lágrimas, murmuraba en tanto se iba alejando de aquellos sitios:

«¡Ya es tarde, he malgastado mucho tiempo!».